

Piqueras, José A., *Cuba, emporio y colonia. La disputa de un mercado interferido (1878-1895)*. Madrid, FCE, 2003, 341 pp.

Cuba: azúcar, comercio y política en una coyuntura decisiva (1878-1895)

Siendo yo un latinoamericanista —ya que de alguna manera, aunque precaria y muchas veces en suspenso, he de definirme—, y habiendo además dedicado un buen espacio de mi trabajo a la historia de la industria del azúcar, el libro que aquí me ocupa me interesó de inmediato. Para un historiador del azúcar el solo nombre de Cuba es un imán y la promesa siempre renovada —Moreno Fraguinals mediante— de un arcón inextinguible de tesoros. Pero también para los preocupados por un problema obviamente más vasto y complejo que el del azúcar, el de América Latina, la propuesta de este libro es ampliamente incitante. Cuba tiene lo que llamaríamos una historia *diferencial*, hermanada en esto a Puerto Rico, a lo largo del siglo XIX, respecto de las otras repúblicas hispanohablantes de América. Se ha insistido poco, me parece, en esta peculiaridad de la historia decimonónica de las dos grandes Antillas españolas. La de Jamaica, resulta claro, es otra. En el interior de una voluntad intelectual y una historiografía latinoamericanista construida en el siglo XX desde la mirada nacida específicamente en ese gran punto de inflexión que fue 1898 (no es vano recordar en este momento a Rodó y el *Ariel*, cuyo centenario en un 2000 bajo el signo del neoliberalismo pasó casi desapercibido entre los aturdimientos de oropel de la celebración de la llegada de un nuevo milenio), que unificó en buena medida al antagonista primordial, el Otro con mayúscula, oposición desde la que se construyó el sentido y la conciencia de América Latina. Y que también trocó definitivamente la percepción y el sentimiento hacia España, desde sus antiguas colonias.

Esa *diferencia* histórica de la que hablo se resume sencillamente en una constatación: esas dos grandes Antillas, como sabemos, siguieron siendo una posesión colonial española como supervivencia del Imperio universal de Felipe II, junto, precisamente, con el archipiélago filipino, cuyo nombre hace eco del gran rey de El Escorial, allá en las antípodas. Mientras en los demás países se asistía a un proceso confuso y contradictorio de trabajoso surgimiento de las nacionalidades y construcción de los Estados, cuyos frecuentes campos de batalla de las guerras civiles que se prolongaron durante décadas después de Ayacucho prefiguraron otros campos de contienda durante el siglo XX —literarios e historiográficos en su mayor parte, pero no menos cruentos en su carga simbólica—, que fueron las acres disputas por la interpretación y el sentido que habría que darles a esas luchas, Cuba se desprendía y marchaba por un camino distinto, que *difería* por algunas décadas los conflictos de la Independencia. La isla consolidaba su papel como principal abastecedora del azúcar mundial, fortaleciendo un poderoso sector de intereses insulares basado en la explotación del trabajo esclavo, y se construía una relación colonial de un carácter diferente a la del viejo imperio fenecido, que se extendería hasta finales de la centuria, cuyo colapso con la guerra hispanoamericana estaría signado por la aparición, ya franca y desembozada, en el continente latinoamericano de un imperialismo más acorde con la nueva distribución de los poderes mundiales.

Resulta sugerente que otro país signado por el sistema esclavista y las singularidades de un poderoso sector azucarero, el Brasil de los Braganza, siguiera también derroteros disímiles al de la otra mitad de la América nuestra. No es mérito menor del libro que nos ocupa hacer un oportuno

recordatorio de la singularidad que subrayamos, y a partir de una voluntad crítica y serenamente polémica que lo anima en toda su trama, abrir un debate pleno de novedades hermenéuticas cuyo alcance va mucho más allá del periodo específicamente tratado.

Pero la de Cuba en el siglo XIX es también historia de España, esa historia de la España decimonónica que tan abandonada tenemos los latinoamericanistas, que muchas veces conocemos mal, o nada, y que sin embargo tendría tanta importancia frecuentar. Después de la *máscara fernandina*, ya nada parece interesarnos. Nos sorprendería con los paralelismos —toda proporción guardada— que pudieran establecerse en la búsqueda de una modernidad política y social, del imaginario de una supuesta *pax* burguesa, siempre esquiva, fuente de convulsiones y conflictos casi permanentes. Pero más allá de este proyecto historiográfico comparativo posible y prometedor, el entrelazamiento entre la historia de España y la de Cuba es subrayado por Piqueras como un elemento metodológico central de su construcción historiográfica:

El Imperio supone una doble realidad únicamente explicable en su interacción recíproca: metrópolis y colonia. Y los lazos entre ambos no pueden limitarse a un aspecto, sea mercantil, fiscal, administrativo o militar. Implica una relación dialéctica que está generando permanentemente la realización de sus fines y la negación de los mismos y del propio hecho colonial. Por eso, los análisis unilaterales —españoles o cubanos— que presten atención a la influencia que se ejerce desde un lado, de no orientarse hacia la comprensión global del fenómeno, nos van ofreciendo información —sin duda de interés— pero resultan insuficientes y a la postre no llegan a dar cuenta siquiera de una parte. Porque aquí, ante el hecho colonial, o se aspira a reconstruir la totalidad, o nos alejamos de la explicación perseguida: esclarecer la relación hispano-colonial y la crisis que condujo a la guerra que le pondría fin”. (pp. 96-97)

El libro que comentamos se centra en la historia de Cuba entre 1878 y 1895, en el intervalo que va desde la paz del Zanjón, que termina la primera etapa de la Independencia, la Guerra de los Diez Años, hasta la vuelta a las hostilidades que llevaría —guerra hispanoamericana de por medio— a la separación de la isla de España y al fin del dominio colonial peninsular. Espacio que había sido señalado en su importancia específica como teatro de grandes transformaciones económicas y sociales por Julio LeRiverend, “uno de los mayores historiadores de la economía cubana, tal vez el mayor de todos”, es el tributo que le rinde al autor del libro que comentamos, pero al que no se le había dedicado toda la atención necesaria.

Este libro, entonces, avanza por territorios nuevamente diseñados en el propio texto o apenas desbrozados por la historiografía cubana. Sin embargo es rico en temas relacionados con la economía y, fundamentalmente, con el azúcar, dominado sin duda por el peso de una obra de grandes vuelos, *El ingenio*, de don Manuel Moreno Fraginals, que se detiene en el umbral del periodo abordado aquí: inicios de la década de 1860.

Momento de suspenso en que el estallido de la revolución democrática de 1868 en España y la guerra de los Diez Años en la isla pusieron en tela de juicio el orden colonial decimonónico, que si bien no exento de tensiones, se había sustentado en la *sacarocracia esclavista* —no me puedo desprender del afortunado concepto de Moreno Fraginals— y en su éxito económico al insertarse, de manera dominante, en el mercado internacional del azúcar después de la insurrección haitiana, como “el auxiliar necesario para el dominio de la Isla”, tal como define Piqueras. Trama que

teja intereses de ambos lados del océano, influencias recíprocas cuyo develamiento en el periodo que trata es uno de los atractivos más intensos de la obra comentada, que avanza en este punto sobre los logros de la historiografía española más reciente, complementada por la de importantes autores cubanos: “la presencia e interferencia de los grupos antillanos en la esfera del estado metropolitano” para la defensa de sus intereses más permanentes, a saber: el mantenimiento de la esclavitud y de la trata, el más decisivo de todos ellos. Presencia expresada mediante la constitución de una instancia que ha tenido una larga fortuna en el juego de defensa de intereses corporativos en el interior de las relaciones de poder: los grupos de presión. Una interesante sección del libro (capítulo II) se dedica a reseñar las actividades de los grupos de presión cubanos en la política española.¹

Apoyado en una larga y exhaustiva investigación de fuentes primarias, documentos de archivos cubanos, españoles, mexicanos y franceses, así como periódicos habaneros y madrileños, y publicaciones de la época, novelas y otros artefactos literarios, junto con la consideración minuciosa y crítica de toda la historiografía acuñada sobre el tema, se constituye, desde luego, en un punto referencial insoslayable en relación con el proceso que lleva al levantamiento independentista de 1895 y a la guerra hispanoamericana con la instauración del *orden neocolonial* a la vuelta del siglo.

Un trabajo asentado en las dos orillas del Atlántico, tal como el tema lo reclamaba, y que subraya —si esto es todavía necesario— la extrema importancia de contar con las dos bases de fuentes y de percepciones en estas temáticas.

Es José Piqueras un historiador *revisionista*. Entiendo por esto su acepción más inmediata, pero también más fuerte: la acción de aquellos que *someten a nuevo examen una cosa para corregirla o repararla*. Revisión inteligente y esencialmente crítica, sin excesos, que pone bajo escrutinio las principales hipótesis o ideas consagradas, tanto las más generales que caracterizaban al periodo en cuestión como tema específico de indagación, así como las que lo conectaban con los grandes acontecimientos de los que formaría bisagra. Pero para esto era necesario —y el autor lo lleva de manera concienzuda hasta el final— considerar también los aspectos más sensibles de la coyuntura y el cúmulo de opiniones a ellos dedicadas. Serena pero de forma implacable, todas las certidumbres previamente acordadas son analizadas al derecho y al revés, iluminadas desde otros ángulos; sometidas a la prueba de los nuevos documentos y evidencias, hasta el punto de conformar un cuadro absolutamente novedoso de este intrigante periodo en el que en definitiva se resolvió la suerte de Cuba en las próximas décadas, y señaló su nuevo destino: la inevitable (lectura *post facto*, aclaremos) relación de asociación y confrontación con el poderoso vecino del norte.² No es lo de menos señalar, sin embargo, que para José Piqueras lo “cortés no quita lo valiente”, y destacar la extrema elegancia armada de rigor teórico y las sutilezas argumentales exhibidas por el autor en el tratamiento de los núcleos esencialmente polémicos sobre los que construye su obra.

¹ Un desarrollo extenso de la coyuntura del 1968 español y de la influencia de la Cuba colonial y esclavista, que con su levantamiento también de 1868 condiciona en buena medida la suerte de la revolución española, en Piqueras, José Antonio y Enric Sebastà, *Agiotistas, negreros y partisanos. Dialéctica social en vísperas de la revolución gloriosa*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim / Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1991, cap. VI, pp. 239-299.

² En este tema, el desarrollo de la industria azucarera cubana, en una visión de conjunto con la economía azucarera del Caribe después del fin del dominio español en 1898, puede analizarse en César J. Ayala, *American Sugar Kingdom: The Plantation Economy of the Spanish Caribbean, 1898-1934*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999.

Quiero detenerme en algunos comentarios acerca de esta destacable actitud de revisión de nuestro autor. En la obligada reseña del “estado de la cuestión” que realiza de forma estupenda Piqueras, se hace eco de aquellas grandes tormentas levantadas por los debates de los años sesentas y setentas del siglo pasado, referidos al paradigma de la dependencia, que decanta finalmente en el simplismo de reducir “el relieve del periodo de entreguerras 1878-1895 a un trasfondo de inmovilismo colonial y de acrecentamiento por ello de las contradicciones”, que se resolvería en “una adhesión creciente a la idea de soberanía y a la identificación de ésta con un proyecto de emancipación”. Y agrega:

Lo que cuestionamos es que dicha tendencia se halle satisfactoriamente explicada por el inmovilismo de las partes confrontadas, como si la realidad pudiera reducirse a opuestos antagónicos perfectamente delimitados: las opciones binarias criollo / peninsular, independentista/colonialista, reformador/intransigente, mientras se ignora el extraordinario dinamismo de dos décadas que al modificar la estructura social dieron lugar a líneas de fractura y de afinidad nuevas y muy diversas”. (p. 27)

Recobrar la especificidad de ese singular momento histórico, arrebatándolo a las determinaciones esquemáticas o, peor aún, teleológicas, que lo habían dominado, es el impulso esencial de la investigación reseñada y el logro exhibido en sus resultados. Estudiar las determinaciones concretas del proceso, la disputa por ese gran “mercado interferido” por la específica situación de la isla respecto de España, en el que las nuevas condiciones del mercado azucarero internacional fueron elementos decisivos, ya que habían sido signados por una feroz concurrencia y un inédito derrumbe de los precios junto con la paulatina caída de la participación cubana en el mismo, la pérdida de sus compradores europeos (esencialmente Gran Bretaña), y la casi completa asimilación de sus ventas por un único adquirente, Estados Unidos; por las nuevas características que debía asumir la producción azucarera en esta situación, y la presión por la apertura del mercado cubano para los productos estadounidenses como condición de reciprocidad comercial.

Con una condición que no es frecuente en una historia económica y social que no termina nunca de liberarse de la fascinación por las fórmulas y los modelos *objetivistas* y que excluye un componente esencial, felizmente recobrado en este libro: los cálculos, los proyectos, las debilidades, los egoísmos, las percepciones sesgadas de los actores sociales, los protagonistas que en el mismo proceso de su constitución van modificando sus posiciones sin despojarse de sus inercias, de sus hábitos adquiridos, de sus imaginarios. Esa *función latente* (en la acepción de Merton), en suma, que ejemplifica Piqueras en el cierre de su libro con la actitud de la burguesía insular respecto de la ruptura con España: una acción a lo largo de este periodo cuyos resultados sobrepasan la intencionalidad de los actores y promueve consecuencias no buscadas ni especialmente deseadas, y que sin duda condicionó toda la siguiente historia a partir de 1902.

En una cita precedente, el autor hablaba de las nuevas líneas de fractura que tejen la intriga del periodo, con el telón de fondo ya mencionado de la nueva posición de fuerza de Estados Unidos como mercado casi único de la exportación azucarera cubana. Los actores y sus interacciones, los escenarios de su conflictividad y también de sus a veces inesperadas convivencias. En primer lugar: hacendados y exportadores antillanos *versus* capital financiero español, en competencia por

los excedentes del comercio exterior; segundo: los intereses proteccionistas peninsulares que competían en azúcares, tabaco y alcoholes e impedían el acceso cubano a *su* mercado; tercero: los intereses comerciales peninsulares que buscaban ensanchar su participación en Cuba en condiciones de privilegio por el estatuto colonial, y que se enfrentaban a los defensores isleños del libre cambio. Escenario de confrontación, enriquecido por actores secundarios cuyas afinidades electivas no dejan de ser sorprendentes si no se incorpora su lógica: el sector naviero español, por ejemplo, interesado en la triangulación de los fletes entre España, Cuba y Estados Unidos.

Escenario complejo, que enrarecía la cuestión e incrementaba las dificultades del sostenimiento del *status quo* de equilibrio inestable, emergido de 1878.

Salpico mi comentario con algunos temas relevantes, de los muchos que el libro desarrolla con un detalle empírico y una solvencia teórica y metodológica que no suscita más que un abierto elogio.

Primer tema. Fin de la esclavitud: proceso complejo, culminado en la década de 1880. Esos esclavos que en 1861 eran todavía más de un cuarto de la población isleña y más del 40 %, si sumamos su inevitable colofón: los negros libertos, y que en 1899 arrojaba todavía un tercio del total bajo la categoría *de color*. Proceso de cambio demográfico al que el periodo considerado contribuyó grandemente con el *blanqueamiento* de la población, por vía esencialmente inmigratoria. La *españolización* de la isla. Fenómeno especular al de la emigración de isleños hacia Estados Unidos y Centroamérica, una diáspora cubana que anticipa a la otra, la del siglo *xx*, y que configura un proceso muy complejo, una de las realidades migratorias y complejas más notables de las que somos testigos hoy.³

Segundo tema: El azúcar. Datos duros de coyuntura: los cambios estructurales en la producción azucarera mundial como resultado del impacto del azúcar de remolacha subsidiada europea. Cuba tenía 41 % de la producción mundial de azúcar de caña en 1868 y bajó al 27 % en 1883, pero es más sorprendente todavía el descenso del 28.5 % del azúcar mundial en 1868 al 13.2 % en 1883. Esto último se debió al incremento espectacular en ese periodo de la participación del azúcar originada en la remolacha. Además, acosada por la baja de los precios internacionales, la producción de azúcar valía en 1884 la mitad de lo que costaba en 1869.

Otros datos relevantes: Estados Unidos absorbía 50 % de las exportaciones cubanas de azúcar en 1866, mientras que en 1877 ese total era de más del 80 %. Se acentuó así la dependencia al mercado estadounidense, en proporciones enormes, diríamos también que irreversibles. Pero además hubo un cambio técnico de consecuencias económicas muy fuertes: la demanda estadounidense pasó a ser cada vez más la de un azúcar bruto en detrimento de la refinada. Retroceso a condiciones propiamente coloniales: exportación de productos semielaborados e incremento de la posición de desventaja.

El autor denomina al proceso vivido por el principal producto cubano como “una revolución en el reino del azúcar”, signado por las profundas transformaciones sufridas en el periodo por el mercado internacional del dulce. Transformaciones esencialmente determinadas por la aparición

³ Llamo la atención a los lectores sobre otro importante volumen, vinculado al problema esencial tratado en el libro reseñado: J. A. Piqueras, comp., *Azúcar y esclavitud en el final del trabajo forzado. Homenaje a M. Moreno Fraguinals*. Madrid, FCE, 2002.

de nuevos actores, la producción de azúcar de remolacha subsidiada por los europeos, y el azúcar de caña asiática (Java). Ambos favorecidos por bajos costos de producción, además de los subsidios remolacheros, y por la caída de los fletes mundiales que abrían posibilidades insospechadas de acceso de los nuevos productores a los grandes mercados. También por la aparición de innovadoras modalidades de manejo del comercio, especialmente la aparición del mercado de futuros, que dio un poder nuevo y decisivo a grandes especuladores.

La caída de los precios y la dureza de las condiciones de competencia fue una realidad insoslayable. La crisis de 1883-1884 fue el imaginado punto de inflexión llegado “cuando no pudo seguir produciéndose como antes y después de agotar al máximo las posibilidades del régimen esclavista”. La atención de Piqueras está puesta en el esfuerzo de transformación realizado por los grandes hacendados dueños de los capitales acumulados en la esclavitud y propietarios de los mayores ingenios, que respondieron al reto, en parte, no por falta de disponibilidad de capitales, la tesis siempre socorrida, sino por un cálculo de rendimientos en el que se tuvo en cuenta la oportunidad de inversión en el sector y de otras inversiones en Cuba y en el exterior. La debilidad de este proceso, consecuencia de este cálculo, retrasó en el sector azucarero isleño el proceso de concentración y centralización, y la adopción de una economía de escala necesaria para enfrentar con éxito las nuevas condiciones creadas en el nivel internacional, en el que se desempeñaba la actividad azucarera cubana, distinta en este punto esencial de la mexicana, que optó por refugiarse decididamente en un mercado interno altamente protegido, opción imposible para los productores insulares.

Se trató de una transformación lenta, difícil, no completamente lograda, en la que el factor apuntado resultó esencial.

En el terreno económico, con consecuencias sociales múltiples, emergió el proceso de diferenciación del cultivo de la caña con el del procesamiento industrial del azúcar, el nacimiento del *colonato*, de los cultivadores cañeros, y la erosión de la integración vertical de la industria que había sido, y en México también lo fue, el soporte del sistema productivo más tradicional.

El peso de la deuda pública y la transferencia del mismo desde las finanzas del Estado metropolitano al tesoro de la isla obligó a que el arancel de exportación se convirtiera en una carga cada vez más pesada, que hizo, de manera paulatina, muy difícil la competencia en un mercado internacional, como vimos, orientado francamente a precios a la baja.

La actuación de los intereses comerciales peninsulares persiguió, sin éxito, la integración cubana a la península en términos arancelarios. El proteccionismo exacerbó las demandas estadounidenses de reciprocidad comercial, como resultado de la avidez de mercados posterior a la Guerra de Secesión.

En resumen: “Tiempo de incertidumbre en una coyuntura dinámica” podría ser la tesis fundamental del trabajo de Piqueras, que viene a suplantar la idea de crisis de coyuntura, de “decaencia económica, social y étnica”, según afirmó Manuel Sanguily. Precisamente a lo que se opone toda la demostración de *Cuba, emporio y colonia*: “Lo que no aparece por ningún lado es la profunda y prolongada crisis, tantas veces mencionada, con paralización general de los negocios y pérdida de ingresos, que fatalmente propicia la insurrección”. (p. 65) Coyuntura asumida en un modelo de crecimiento económico incentivado por las exportaciones: “de ahí que junto con Argentina y

Chile, Cuba sea uno de los tres casos donde el modelo de crecimiento guiado por las exportaciones se haya considerado un éxito en la segunda mitad del siglo XIX". (p. 64)

"Cuba consolidó en la década de 1880 una economía plenamente capitalista, transitando y desprendiéndose de la plantación esclavista, acometió el proceso de racionalización de la industria azucarera y estuvo en condiciones de promover una industrialización diversificada", aunque encontró la dificultad de los lastres negativos de la Guerra de Diez Años, que aumentaron las cargas aduaneras. Los obstáculos fueron: el proteccionismo español y el tratado de reciprocidad comercial con Estados Unidos de 1891, anticipo del de 1903, decidido por la presión estadounidense y la de los productores azucareros, que segó la potencialidad industrializadora de la isla y entregó el mercado cubano a la potencia estadounidense.

Termino con una frase del autor, que tiene toda la fuerza de un programa: "a menudo se ha optado por asumir la denuncia en lugar de explicar la situación". La tarea de los historiadores es precisamente esa: explicar, y Piqueras lo ha logrado de manera plena.

Horacio CRESPO

LEVINAS, Emmanuel, *Difícil libertad. Ensayos sobre el judaísmo*. Argentina, Editorial Lilmod-Fineo, 2004, 304 pp.

Recientemente se publicó en español este libro de Emmanuel Levinas, que hasta hace poco no había sido traducido a nuestro idioma, a pesar de ser una obra importante para entender y conocer la evolución de este gran pensador.

Difícil libertad es una compilación de conferencias y ensayos escritos durante la década de 1950, y aunque lleva el subtítulo *Ensayos sobre el judaísmo*, su contenido abarca una serie de ideas y reflexiones que van más allá de este tema. Quizá más bien se debiera decir que Levinas observa que el judaísmo se extiende a una serie de problemáticas y pensamientos que lo ubican fuera de la concepción tradicional. Es decir, que el judaísmo deja de ser un concepto que se refiere a la descripción de un grupo étnico, cultural y religioso para situarse y definirse como una experiencia común al género humano. Desde este punto de vista, el exilio, el sufrimiento, la búsqueda de trascendencia, la responsabilidad hacia el otro, la necesidad de justicia y esperanza, son experiencias que se pueden encontrar en cualquier parte, y conforman los rasgos comunes de cualquier grupo social. Podría decirse, siguiendo a Levinas, que estas experiencias, de alguna manera, quedan sintetizadas en la particularidad del pueblo judío, pero se extienden y se abren al universo de las experiencias humanas de cualquier pueblo y de cualquier ser humano.

De esta manera observamos cómo a lo largo de estos ensayos el tema del judaísmo se abre a los problemas de la moral, de la metafísica, de la religión, del mundo moderno y de la política segregacionista. Pero sobre todo queda claro el énfasis crítico en la ontología, la teoría del conocimiento y en general en todo el pensar de la modernidad que ha entronizado el papel del sujeto, como si éste fuera la base y el garante de todo acontecer humano.

Los ensayos de Levinas se desenvuelven en esta crítica en torno al sujeto y ofrecen la posibilidad de otras propuestas, la de señalar que hay una pérdida del *Otro*, y que es necesario plantear